

TOMASSO LANDOLFI: *Acaso*, Ed. Albia Nova, Bilbao, 1978, 166 pp.

Nacido en Pico, Frosinone, en 1908, Tomasso Landolfi se inició en la literatura italiana con *Dialogo dei massimi sistemi*, elaborado dentro de una línea surrealista, para girar su objetivo hasta hoy, donde intenta acercarse al realismo. Admirador de Franz Kafka y de Edgar Allan Poe, es lamentable que esa benéfica influencia no se advierta en *Acaso*.

La colección de trece relatos, que constituyen el volumen, hace pensar que a veces el número puede ser realmente fatídico. Estructuradas en su mayoría como diálogos, las historias se hunden—tras pretensiones pseudometafísicas— en irremisibles lugares comunes sobre la vida, la muerte y el transcurso del tiempo.

Más allá de los varios defectos de traducción, que tampoco ayudan a que el volumen se haga más digerible, la prosa de Tomasso Landolfi resulta engolada, literaria en el peor sentido y—por si fuera poco—cursi. Los argumentos trillados suelen referirse al mundo de la prostitución, la marginación y la soledad sexual. Sin embargo, en ningún momento el lector consigue suponer que se le está contando una historia verídica o, al menos, verosímil. Nunca falta una moraleja ni una larga tirada en la que el personaje discurre sobre la esencia del hombre, echando mano de todas las posibilidades de la filosofía de café.

En suma, un libro para olvidar.—H. S.

CONCHA ZARDOYA: *El corazón y la sombra* (Premio Fémica de Poesía 1975), Ed. Insula, Madrid, 1977, 106 pp.

Se trata de la obra número quince de Concha Zardoya, un hito en una vida dedicada con fervor a la poesía, cuya iniciación literaria coincidió con la guerra civil, habiendo publicado sus primeros poemas en la revista *Hora de España*, en 1938. Después llegaron los libros, entre otros, *Pájaros del Nuevo Mundo* (1946), *Dominio del llanto* (1947), *La hermosura sencilla* (1953) y más recientemente, *Los engaños de Tremont* (1971) y *Las hiedras del tiempo* (1972). Asimismo es autora de varios volúmenes de narrativa, de una notoria biografía de Miguel Hernández y de una historia de la poesía española del siglo XX en cuatro tomos, aparecida en la editorial Gredos en 1974.

En *El corazón y la sombra*, Concha Zardoya demuestra haber alcanzado su plena madurez expresiva mediante un manejo cuidadoso de la palabra y de la forma. Los poemas semejan monólogos en los que efectúa una suerte de memoria y balance de su vida y de su poesía,

y al mismo tiempo trata de responder a viejas preguntas, interrogantes que la acercan al territorio de la metafísica.

Una constante preocupación por el tiempo ido, por la irreversibilidad del pasado, se advierte en cada una de las páginas del libro. Así escribe, por ejemplo: *Si volvieras a ver lo que soñaste, / en círculo o en serie interminable, / lo que vieron tus claros ojos íntimos, / la mirada interior que has olvidado, / encontrarías gentes o paisajes, / sensitivos objetos, formas dulces / tocadas por un aire de ternura, / o manos anudadas para siempre. / Y saludar tendrías o dar casa / a viejas muchedumbres de recuerdos, / en el desván sentarlas en tu vida, / en el sótano oscuro del pasado. / O crear escaleras que subiesen / a envidiosos futuros lentamente.*

En el prólogo afirma la autora que «la queja humana ante la injusticia de todo signo—de la sociedad, del tiempo destructor y de la muerte—» están presentes en estos poemas. Pero se trata—es justicia resaltarlo—de una queja envuelta en una poesía precisa, donde la metáfora nunca es adorno estéril, sino que responde a una necesidad funcional, semántica y sonora, que en todos los casos enriquece los textos.—H. S.

VICENTE ALEIXANDRE: *Sonido de la guerra*. CARLOS BOUSOÑO: *La búsqueda*, Ed. Prometeo, Valencia, 1978, 62 pp.

En un volumen minúsculo se han unido, dilatando la diagramación con blancos, un poema del Premio Nobel 1977 y cuatro de su lúcido crítico, Carlos Bousoño. El libro se alarga, además, con notas críticas sobre los poemas debidas a Pedro J. de la Peña y Blanca Oliag.

Señala de la Peña que *Sonido de la guerra* es, en primera instancia, una meditación sobre la muerte, pero nacida desde la vivencia, desde sentimientos y reacciones que se producen en el poeta ante la existencia conocida de un final inexorable. No impide esto que el poema se sitúe en una esfera irreal que viene dada por el nivel especulativo y teórico que una muerte asumida desde la razón. El sustrato último, sin embargo, será pasional. La encarnadura de la muerte, su casi física presencia, alejan por completo el fantasma de la frialdad o de un planteamiento exclusivamente filosófico de los términos hombre-muerte. Un cálido manantial de piedad, de temor, de humanidad y de inquietud ante lo desconocido recorren subterráneamente el poema para dotarle de una fuerza conmovedora y viva. *(Si alguien llegase... No puedo hablar. No puedo / gritar. Fui joven y miraba, ardía, / tocaba, sonaba. El hombre suena. Pero mudo muero. / Y aquí ya las estrellas se apagaron, / pues que mis ojos ya las desconocen. Sólo*